

como insiste en especial el profesor L. C. Knights (1946), resulta demasiado fácil olvidar la poesía de las obras cuando se escribe acerca de los *dramatis personae* como si fuesen personajes históricos.

#### RESUMEN

1. He examinado las consecuencias que tiene para mí, en mi obra, mi nuevo grado de reconocimiento de la importancia de la disociación en algunos hombres y mujeres, respecto de esos elementos masculinos y femeninos y de las partes de sus personalidades construidas sobre esos cimientos.

2. Examiné los elementos masculino y femenino artificialmente disecados, y descubrí que por el momento vinculo el primero con el impulso relacionado con los objetos (y también la pasiva de esta formulación), en tanto que la característica de elemento femenino la encuentro en el contexto de la relación de objeto que es identidad, que proporciona al niño la base para ser y luego, más adelante, para el sentimiento de persona. Pero advierto que aquí, en la absoluta dependencia respecto de la entrega materna de esa cualidad especial por medio de la cual la madre satisface o no el primer funcionamiento del elemento femenino, podemos buscar los cimientos para la experiencia de ser. He escrito que "Por lo tanto carece de sentido usar la palabra 'ello' para fenómenos no abarcados, catalogados y experimentados, y en su momento interpretados por el funcionamiento del yo" (Winnicott, 1962).

Y ahora deseo decir: "Después de ser hacer y que se le haga a uno. Pero primero ser."

#### NOTA AGREGADA, ACERCA DEL TEMA DEL ROBO

El acto de robar corresponde al elemento masculino que existe en niños y niñas. Pero entonces se presenta el interrogante: ¿qué corresponde a eso en términos del elemento femenino que hay en chicos y chicas? La respuesta puede ser que en relación con ese elemento el individuo usurpa la posición de la madre, y su asiento o ropas, con lo cual obtiene la deseabilidad y seductividad hurtadas a la madre.

#### EL USO DE UN OBJETO Y LA RELACION POR MEDIO DE IDENTIFICACIONES<sup>1</sup>

En este capítulo me propongo presentar para su discusión la idea del uso de un objeto. El tema conexo, de la relación con objetos, me parece haber recibido mi plena atención. Pero la idea de la utilización de un objeto no fue muy estudiada, y es posible que ni siquiera se la haya examinado en especial.

Este trabajo sobre el uso de un objeto nace de mi experiencia clínica y sigue una línea de desarrollo directa, que me pertenece en particular. Por supuesto, no puedo afirmar que la forma en que se desarrollaron mis ideas no haya sido igual a la de otro, pero deseo señalar que hubo en ellas una secuencia, y el orden que exista en esta corresponde a la evolución de mi trabajo.

Lo que quiero decir en este capítulo es muy sencillo. Aunque surge de mi experiencia psicoanalítica, no diría que nació de la de hace dos décadas, porque entonces no poseía la técnica necesaria para posibilitar los movimientos de transferencia que deseo describir. Por ejemplo, solo en los últimos años me fue posible esperar y seguir esperando la evolución natural de la transferencia que proviene de la creciente confianza del paciente en la técnica y marco psicoanalíticos, y evitar la ruptura de ese proceso natural con interpretaciones. Se

<sup>1</sup> Basado en un trabajo leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York, el 12 de noviembre de 1968, y publicado en *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 50, 1969.

advertirá que hablo de la elaboración de interpretaciones, y no de estas como tales. Me aterra pensar cuántos profundos cambios impedi o demoré en pacientes de cierta categoría de clasificación debido a mi necesidad personal de interpretar. Si sabemos esperar, el paciente llega a una comprensión en forma creadora y con inmenso júbilo, y ahora disfruto de ese alborozo más de lo que solía gozar con el sentimiento de haber sido penetrante. Creo que en lo fundamental interpreto para que el paciente conozca los límites de mi comprensión. El principio es el de que él y solo él conoce las respuestas. Podemos hacer que abarque lo que se sabe o adquiera conciencia de ello con aceptación, o podemos no hacerlo.

Frente a esto se encuentra la labor interpretativa que el analista debe llevar a cabo, y que distingue el análisis del autoanálisis. Si se quiere que esa tarea de interpretación del analista tenga efecto, se la debe vincular con la capacidad del paciente para colocarlo fuera de la zona de los fenómenos subjetivos. Se trata, pues, de la aptitud del paciente para usar al analista, cosa que constituye el tema de este trabajo. En la enseñanza, como en la alimentación de un niño, se da por sentada la capacidad para usar objetos, pero en nuestra labor es necesario que nos preocupemos por desarrollar y establecer la aptitud para usar objetos, y por reconocer la falta de ella, cuando es un hecho concreto.

En el análisis del tipo de casos fronterizos aparece la posibilidad de observar los delicados fenómenos que proporcionan indicios para una comprensión de los estados verdaderamente esquizofrénicos. Con el término "caso fronterizo" me refiero a aquel en el cual el núcleo de la perturbación del paciente es psicótico, pero este posee una suficiente organización psiconeurótica, siempre capaz de presentar alteraciones psiconeuróticas o psicósomáticas cuando la ansiedad psicótica central amenaza con irrumpir en forma grosera. En tales casos es posible que el psicoanalista colabore durante años con la necesidad del paciente de ser psiconeurótico (como estado opuesto al de demente) y de que se lo trate como tal. El análisis funciona bien y todos se sienten satisfechos. El único inconveniente es que jamás termina. Se lo puede terminar, y el paciente movilizar incluso una falsa persona psiconeurótica para terminar y expresar gratitud. Pero en rigor sabe que no se ha producido cambio alguno en el estado (psicótico) subyacente, y que el analista y él han tenido éxito en su colaboración para

provocar un fracaso. Y aun este fracaso puede tener valor si analista y paciente lo reconocen. Este último tiene más edad y han aumentado las posibilidades de muerte por accidente o enfermedad, de modo que es posible eludir el suicidio real. Más aun, mientras duró resultó divertido. Si el psicoanálisis fuese un modo de vida, podría decirse que ese tratamiento hizo lo que se suponía que debía hacer. Pero no es un modo de vida. Todos abrigamos la esperanza de que nuestros pacientes terminen con nosotros y nos olviden, y de que descubran que el vivir mismo es la terapia que tiene sentido. Aunque redactamos trabajos sobre estos casos fronterizos, en nuestro fuero interno nos sentimos preocupados cuando la demencia sigue sin ser descubierta y enfrentada. En un trabajo sobre clasificación traté de exponer esto en forma más amplia (Winnicott, 1959-64).

Quizá me resulte necesario extenderme un poco más para ofrecer mi punto de vista sobre la diferencia que hay entre relación de objeto y uso del objeto. En la primera el sujeto permite que se produzcan ciertas alteraciones en la persona, del tipo que nos llevó a inventar el término catexia. El objeto se ha vuelto significativo. Han actuado mecanismos de proyección e identificación, y el sujeto se ve vaciado en la medida en que parte de él se encuentra en el objeto, aunque enriquecida por el sentimiento. Junto con estos cambios hay cierto grado de participación física (por leve que fuere) para la excitación, en dirección de la culminación funcional de un orgasmo. (En este contexto omito de modo deliberado toda referencia al aspecto del relacionarse, que es un ejercicio de identificaciones cruzadas; véase pág. 169. Es preciso omitirlo aquí porque pertenece a una fase de desarrollo posterior, y no anterior a la que me ocupa en este trabajo, es decir, al apartamiento del autocontenerse y al relacionarse con objetos subjetivos en el reino del uso de objetos.)

La relación de objeto es una experiencia del sujeto que se puede describir en términos de este como un aislado (Winnicott, 1958b, 1963a). Pero cuando hablo del uso de un objeto doy por sentada la relación de objeto, y agrego nuevos rasgos que abarcan la naturaleza y conducta del objeto. Por ejemplo, si se lo desea usar, es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de la realidad compartida, y no un manojito de proyecciones. Creo que esto es lo que constituye el mundo de diferencias que hay entre la relación y el uso.

Si ello es así, se sigue que el estudio del tema del rela-

cionarse es un ejercicio mucho más sencillo para los analistas que el del uso, pero aquel se puede examinar como un fenómeno del sujeto, y al psicoanálisis siempre le agrada estar en condiciones de eliminar todos los factores ambientales, salvo en la medida en que se pueda pensar acerca del ambiente en términos de mecanismos proyectivos. Pero cuando se examina el uso no hay escapatoria: el analista debe tener en cuenta la naturaleza del objeto, no como proyección, sino como una cosa en sí misma.

Por el momento puedo dejar las cosas así, a saber, que el relacionarse es descriptible en términos del sujeto, y que no es posible describir el uso por la aceptación de la existencia independiente del objeto, de su propiedad de encontrarse presente todo el tiempo. Ya se verá que precisamente estos problemas nos ocuparán cuando estudiemos la zona hacia la cual acabo de intentar llamar la atención, en mi trabajo sobre lo que denomino fenómenos transicionales.

Pero ese cambio no se produce en forma mecánica, por el solo proceso de maduración. Este es el detalle que me interesa. En términos clínicos: dos bebés se alimentan a pecho. Uno se alimenta de la persona, pues el pecho y él todavía no se han convertido (para él) en fenómenos separados. El otro se alimenta de una fuente que-no-es-yo, o de un objeto que se puede tratar en forma activa sin que ello produzca efecto alguno sobre el bebé, a menos de que este tome represalias. Las madres, como los analistas, pueden ser buenas o no lo bastante buenas; algunas saben llevar al bebé del relacionarse al uso, y otras no.

En este punto deseo recordar que el rasgo esencial del concepto de objetos y fenómenos transicionales (según mi presentación del tema) es la paradoja y la aceptación de esta: el bebé crea el objeto, pero este estaba ahí, esperando que se lo crease y que se lo denominara objeto cargado. Yo traté de llamar la atención hacia este aspecto de los fenómenos transicionales al afirmar que en las reglas del juego todos sabemos que nunca desafiaremos al bebé a que responda a la pregunta: ¿creaste tú eso o lo encontraste?

Ahora estoy en condiciones de pasar a la formulación de mi tesis. Parece como si temiera llegar a eso, tal como temo que una vez formulada la tesis el objetivo de mi comunicación habrá terminado, dado que es tan sencillo.

Para usar un objeto es preciso que el sujeto haya desarrollado

una capacidad que le permita usarlos. Esto forma parte del paso al principio de realidad.

No es posible decir que tal capacidad sea innata, ni dar por sentado su desarrollo en un individuo. El desarrollo de la aptitud para usar un objeto es otro ejemplo del proceso de maduración como algo que depende de un ambiente facilitador.<sup>2</sup>

En la secuencia se puede decir que primero viene la relación de objeto y al final el uso; pero la parte intermedia es quizá la más difícil del desarrollo humano, o el más molesto de los primeros fracasos que acuden en busca de cura. Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio.<sup>3</sup>

Este paso (de la relación al uso) significa que el sujeto destruye el objeto. Sobre esa base el filósofo de gabinete podría argumentar que por consiguiente no existe, en la práctica, el uso de un objeto: si este es exterior, es destruido por el sujeto. Pero si el filósofo abandona el sillón de su gabinete y se sienta en el suelo con su paciente, encontrará que hay una posición intermedia. En otras palabras, descubrirá que después de "el sujeto se relaciona con el objeto" viene "el sujeto destruye al objeto" (cuando se vuelve exterior); y después puede venir "el objeto sobrevive a la destrucción por el sujeto". Pero puede haber supervivencia o no. El sujeto dice al objeto: "Te he destruido", y el objeto se encuentra ahí para recibir la comunicación. En adelante el sujeto dice: "¡Hola, objeto!" "Te he destruido." "Te amo." "Tienes valor para mí por haber sobrevivido a tu destrucción por mí." "Mientras te amo te destruyo constantemente en mi fantasía (inconsciente)." Aquí comienza la fantasía para el individuo. Entonces el sujeto puede utilizar el objeto que ha sobrevivido. Tiene importancia destacar que no se trata solo de que destruye el objeto porque este se encuentra fuera de la zona de control omnipotente. Asimismo interesa señalar esto desde el ángulo opuesto, y decir que la destrucción del objeto es la que lo coloca

<sup>2</sup> Al elegir *The Maturational Processes and the Facilitating Environment* como título para mi libro de la Biblioteca Psicoanalítica Internacional (1965), mostraba hasta qué punto había sido influido por la doctora Phyllis Greenacre (1960), en el Congreso de Edimburgo. Por desgracia no incluí en el libro un reconocimiento de este hecho.

<sup>3</sup> En mi comprensión de este punto recibí la influencia de W. Clifford M. Scott (comunicación personal, más o menos por 1940).

fuera de la zona de control omnipotente del sujeto. En estas formas aquel desarrolla su propia autonomía y vida, y (si sobrevive) ofrece su contribución a este en consonancia con sus propias propiedades.

Para decirlo con otras palabras, gracias a la supervivencia del objeto el sujeto puede entonces vivir una vida en el mundo de los objetos, cosa que le ofrece inmensos beneficios; pero es preciso pagar el precio, en forma de la aceptación de la creciente destrucción en la fantasía inconsciente vinculada con la relación de objeto.

Permítaseme repetirlo. El individuo puede llegar a esta posición en las primeras etapas del crecimiento emocional, solo por medio de la supervivencia real de objetos cargados, que al mismo tiempo pasan por el proceso de quedar destruidos porque son reales, y de volverse reales porque son destruidos (por ser destructibles y prescindibles).

A partir de entonces, cuando se ha llegado a esta etapa, los mecanismos proyectivos colaboran en el acto de percibir qué hay ahí, pero no son la razón de que el objeto se encuentre ahí. En mi opinión, esta es una desviación respecto de la teoría que tiende a una concepción de la realidad exterior solo en términos de los mecanismos proyectivos del individuo.

Ya casi he terminado mi formulación completa. Pero no del todo, porque no puedo dar por sentada una aceptación del hecho de que el primer impulso del sujeto en la relación con el objeto (percibido de manera subjetiva, no objetiva) sea destructiva. (Antes usé la palabra "altiva", en un intento de ofrecer al lector una posibilidad de imaginar algo en ese momento, sin señalar el camino con demasiada claridad.)

El postulado central de mi tesis afirma que en tanto que el sujeto no destruye el objeto subjetivo (material de proyección), la destrucción aparece y se convierte en un aspecto central cuando el objeto es percibido de manera objetiva, tiene autonomía y pertenece a la realidad "compartida". Esta es la parte difícil de mi tesis, por lo menos para mí.

En general se entiende que el principio de realidad envuelve al individuo en la ira y la reacción destructiva, pero mi tesis dice que la destrucción desempeña un papel en la formación de la realidad, pues ubica el objeto fuera de la persona. Para que así suceda son necesarias condiciones favorables.

Se trata, sencillamente, de examinar el principio de realidad con una lente de gran potencia. Según lo entiendo yo, estamos

familiarizados con el cambio gracias al cual los mecanismos de proyección permiten al sujeto trabar conocimiento con el objeto. No es lo mismo que afirmar que este existe para él debido al funcionamiento de sus mecanismos de proyección. Al principio el observador emplea palabras que parecen tener vigencia para ambas ideas al mismo tiempo, pero si las escudriñamos vemos que las dos ideas no son en modo alguno idénticas. Precisamente hacia este aspecto orientamos nuestro estudio.

En el punto del desarrollo que se examina el sujeto crea el objeto, en el sentido de que encuentra la exterioridad misma, y hay que agregar que esta experiencia depende de la capacidad del objeto para sobrevivir. (Tiene importancia que "sobrevivir", en este contexto, signifique "no tomar represalias".) Si estas cosas ocurren en un análisis, el analista, la técnica y el marco analíticos aparecen como sobrevivientes o no de los ataques destructivos del paciente. Esta actividad destructiva es el intento de este, de ubicar al analista fuera de la zona del control omnipotente, es decir, en el mundo exterior. Sin la experiencia de la máxima destructividad (objeto no protegido) el sujeto nunca coloca al analista afuera, y por lo tanto jamás puede hacer otra cosa que experimentar una especie de autoanálisis, usando al analista como una proyección de una parte de la persona. Por consiguiente, en términos de alimentación, el paciente solo puede alimentarse de la persona y no le es posible usar el pecho para engordar. Incluso puede llegar a disfrutar con la experiencia analítica, pero en lo fundamental no se producirán cambios en él.

Y si el analista es un fenómeno subjetivo, ¿qué ocurre con la eliminación de desechos? Hace falta una nueva formulación en términos de salida.<sup>4</sup>

En la práctica psicoanalítica los cambios positivos que se producen en esta zona pueden ser muy profundos. No dependen del trabajo interpretativo, sino de la supervivencia del analista a los ataques, lo cual implica e incluye la idea de la inexistencia de un cambio de calidad para pasar a la represalia. Al analista puede resultarle muy difícil soportar estos ataques,<sup>5</sup> cuando se expresan en forma de engaños, o por medio de manipulaciones que en los hechos lo obligan a hacer cosas técnica-

<sup>4</sup> La tarea siguiente, para quien trabaja en el campo de los fenómenos transicionales, consiste en reformular el problema en términos de eliminación.

<sup>5</sup> Cuando el analista sabe que su paciente lleva un revólver encima, me parece que ese trabajo no se puede llevar a cabo.

mente malas. (Me refiero a cosas como no ser digno de confianza en momentos en que esta es lo único que interesa, así como a la supervivencia en términos de seguir con vida y a la inexistencia de la cualidad de represalia.)

El analista siente deseos de interpretar, pero ello puede vulnerar el proceso, y al paciente parecerle una especie de auto-defensa en la cual aquel rechaza su ataque. Es mejor esperar a que la fase haya terminado, y luego discutir con el paciente lo que ha ocurrido. No cabe duda de que esto es legítimo, pues como analista uno tiene sus propias necesidades; pero en ese momento la interpretación verbal no es el rasgo esencial y acarrea sus propios peligros. Lo fundamental es la supervivencia del analista y que la técnica analítica se mantenga intacta. Imagínese cuán traumática puede resultar la muerte real del analista cuando se encuentra en proceso de desarrollo este tipo de trabajo. Pero incluso su muerte no es tan mala como la aparición en él de un cambio de actitud respecto de la represalia. Se trata de riesgos que el paciente debe encarar. Por lo general el analista pasa por estas fases de movimiento en la transferencia, y después de cada fase surge la recompensa en términos de amor, reforzado por el hecho del telón de fondo de la destrucción inconsciente.

Me parece que la idea de una fase de desarrollo que en lo esencial implique la supervivencia del objeto no afecta la teoría sobre las raíces de la agresión. De nada sirve decir que un bebé de pocos días de edad envidia el pecho. Pero es legítimo afirmar que a cualquier edad que tenga, empieza a permitir al pecho una ubicación exterior (fuera de la zona de proyección), lo cual significa que la destrucción del pecho se ha convertido en un rasgo característico. Me refiero al impulso real de destruir. Una parte importante de lo que hace una madre consiste en ser la primera persona que hacer pasar al bebé por esta primera versión, de las muchas que encontrará, de ataques a los cuales se sobrevive. Ese es el momento correcto en el desarrollo del niño, dada su relativa debilidad, de modo que se pueda sobrevivir a la destrucción con bastante facilidad. Pero aun así, es una cuestión espinosa; a una madre le resulta demasiado fácil reaccionar en tono moralista cuando su bebé muere y lastima.<sup>6</sup> Pero este lenguaje relativo a "el pecho" es pura

<sup>6</sup> En rigor el desarrollo del bebé se vuelve muy complicado si nace con un diente, de modo que nunca se puede probar el ataque al pecho con las encías.

jerga. Está involucrada toda la zona de desarrollo y crianza, en la cual la adaptación se vincula con la dependencia.

Se entiende, entonces, que si bien la palabra que empleo es destrucción, la destrucción real corresponde al fracaso del objeto en lo referente a sobrevivir. De lo contrario, la destrucción sigue siendo potencial. Hace falta el término "destrucción", no por el impulso destructivo del bebé, sino por la posibilidad de que el objeto no sobreviva, lo cual significa también un cambio de cualidad, de actitud.

La manera de ver las cosas que corresponde a mi presentación de este capítulo permite un nuevo enfoque de todo el tema de las raíces de la agresión. Por ejemplo, no hace falta dar a la innata más de lo que le corresponde en compañía de todo lo que es innato. No cabe duda de que la agresión innata debe variar en un sentido cuantitativo, tal como ocurre con todo lo que se hereda, como de un individuo a otro. En cambio, son grandes las variaciones que surgen de las diferencias de experiencias de distintos bebés recién nacidos, según que se los haga pasar o no por esta fase tan difícil. Más aun, los bebés a los que se ha hecho pasar bien por esta fase tienden a ser más agresivos en el terreno clínico que quienes no pasaron bien por ella; para estos la agresión es algo que no se puede abarcar, o algo que solo es posible conservar en la forma de una posibilidad de ser objeto de ataque.

Ello exige una nueva formulación de la teoría de las raíces de la agresión, pues la mayor parte de lo que ya escribieron los analistas se formuló sin referencia a lo que se investiga en este capítulo. En la teoría ortodoxa siempre se encuentra presente el supuesto de que la agresión es una reacción al encuentro con el principio de realidad, en tanto que aquí el impulso destructivo es el que crea la exterioridad. Este es el elemento fundamental en la estructura de mi argumentación.

Permítaseme observar por un instante el lugar exacto de ese ataque y supervivencia, en la jerarquía de las relaciones. La aniquilación es más primitiva y muy distinta. Aniquilación significa "no hay esperanzas"; la catexia se marchita porque ningún resultado completa el reflejo de modo de producir condicionamiento. Por otra parte, el ataque colérico relativo al encuentro con el principio de realidad es un concepto más sutil, posterior a la destrucción que postulo aquí. No hay cólera en la destrucción del objeto a la que me refiero, aunque se podría decir que hay alegría ante la supervivencia del objeto. A partir

de este momento o de esta fase, el objeto siempre es destruido en la fantasía. Esta cualidad de "ser siempre destruido" hace que la realidad del objeto sobreviviente se sienta como tal, fortalece el tono del sentimiento y contribuye a la constancia del objeto. Ahora se lo puede usar.

Quiero terminar con una nota sobre el usar y el uso. Cuando hablo de "uso" no me refiero a la "explotación". Como analistas, sabemos qué es ser usado, lo cual significa que podemos visualizar el final del tratamiento, aunque todavía falten varios años para ello. Muchos de nuestros pacientes se presentan con este problema ya resuelto: pueden usar los objetos, a nosotros y el análisis, tal como usaron a sus padres y hermanos en el hogar. Pero existen muchos que necesitan que sepamos darles la capacidad de usarnos. Para ellos, esa es la tarea analítica. Para satisfacer esa necesidad tendremos que conocer lo que digo aquí sobre nuestra supervivencia a su destructividad. Se ha levantado un telón de fondo para la destrucción inconsciente del analista, y nosotros sobrevivimos a ella o de lo contrario nos hallamos ante otro análisis interminable.

#### RESUMEN

Se puede describir la relación de objeto en términos de la experiencia del sujeto. La descripción del uso del objeto implica la consideración de la naturaleza de este. Ofrezco para su discusión las razones por las cuales, en mi opinión, la capacidad para usar un objeto es más complicada que la aptitud para relacionarse con objetos; y la relación puede ser con un objeto subjetivo, en tanto que el uso implica que el objeto forma parte de la realidad exterior.

Es posible observar la siguiente secuencia: 1) el sujeto se relaciona con el objeto. 2) El objeto está a punto de ser hallado por el sujeto, en lugar de ser ubicado por este en el mundo. 3) El sujeto destruye el objeto. 4) El objeto sobrevive a la destrucción. 5) El sujeto puede usar el objeto.

El objeto siempre es destruido. Esta destrucción se convierte en el telón de fondo inconsciente para el amor a un objeto real, es decir, un objeto que se encuentra fuera de la zona de control omnipotente del sujeto.

El estudio de este problema implica una afirmación del valor positivo de la destructividad. Esta, más la supervivencia del objeto a la destrucción, ubica al objeto fuera de la zona creada por los mecanismos mentales proyectivos del sujeto. De ese modo se crea un mundo de realidad compartida, que este puede usar y que puede devolverle una sustancia que-no-es-yo.